



James Joyce

Un Triste Caso



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

UN TRISTE CASO

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG**

UN TRISTE CASO

JAMES JOYCE

El Sr. James Duffy vivía en Chapelizod porque deseaba vivir lo más lejos posible de la ciudad de la que era ciudadano y porque encontraba todos los demás suburbios de Dublín mezquinos, modernos y pretenciosos. Vivía en una casa vieja y sombría y desde sus ventanas podía ver la destilería en desuso o el río poco profundo sobre el cual se construyó Dublín. Las altas paredes de su habitación sin alfombrar estaban libres de cuadros. Él mismo había comprado todos los artículos de mobiliario de la habitación: una cama de hierro negro, un lavamanos de hierro, cuatro sillas de mimbre, un perchero, un cubo de carbón, una chimenea con rejilla y una mesa cuadrada sobre la cual había un escritorio doble. Se había hecho una librería en un hueco con estantes de madera blanca. La cama estaba cubierta con ropa de cama blanca y una alfombra negra y escarlata cubría el pie. Un pequeño espejo de mano colgaba sobre el lavamanos y durante el día una lámpara de pantalla blanca era el único adorno de la repisa de la chimenea. Los libros en los estantes de madera blanca estaban ordenados de abajo hacia arriba según su tamaño. Un completo Wordsworth estaba en un extremo del estante más bajo y una copia del Catecismo de Maynooth, cosida en la cubierta de tela de un cuaderno, estaba en un extremo del estante superior. Siempre había materiales de escritura en el escritorio. En el escritorio había una tra-

ducción manuscrita de Michael Kramer de Hauptmann, cuyas direcciones escénicas estaban escritas en tinta púrpura, y un pequeño manojito de papeles sujetos por un alfiler de latón. En estas hojas se inscribía una frase de vez en cuando y, en un momento irónico, el titular de un anuncio de Bile Beans había sido pegado en la primera hoja. Al levantar la tapa del escritorio escapaba una leve fragancia, la fragancia de lápices de cedro nuevos o de una botella de goma o de una manzana demasiado madura que podría haber sido dejada allí y olvidada.

El Sr. Duffy aborrecía todo lo que denotara desorden físico o mental. Un médico medieval lo habría llamado saturnino. Su rostro, que contaba la historia completa de sus años, tenía el tinte marrón de las calles de Dublín. En su cabeza larga y algo grande crecía pelo negro seco y un bigote leonado no cubría del todo una boca poco amable. Sus pómulos también daban a su rostro un carácter duro; pero no había dureza en sus ojos que, mirando al mundo desde debajo de sus cejas leonado, daban la impresión de un hombre siempre alerta para recibir un instinto redentor en los demás, pero a menudo decepcionado. Vivía a una pequeña distancia de su cuerpo, observando sus propios actos con miradas laterales dudosas. Tenía un hábito autobiográfico extraño que lo llevaba a componer en su mente de vez en cuando una frase corta sobre sí mismo que contenía un sujeto en tercera persona y un predicado en tiempo pasado. Nunca daba limosna a los mendigos y caminaba firmemente, llevando un bastón de avellano.

Había sido durante muchos años cajero de un banco privado en Baggot Street. Todas las mañanas venía desde Chapelizod en tranvía. Al mediodía iba a Dan Burke's y almorzaba una botella de cerveza lager y una pequeña bandeja de galletas de arrurruz. A las cuatro en punto era liberado. Cenaba en un comedor en George's Street donde se sentía a salvo de la sociedad de la juventud dorada de Dublín y donde había una cierta honestidad sencilla en el menú. Sus noches las pasaba ya sea frente al piano de su casera o deambulando por los alrededores de la ciudad. Su gusto por la música de Mozart lo llevaba a veces a una ópera o un concierto: estas eran las únicas disipaciones de su vida.

No tenía ni compañeros ni amigos, ni iglesia ni credo. Vivía su vida espiritual sin ninguna comunión con otros, visitando a sus familiares en Navidad y llevándolos al cementerio cuando morían. Cumplía estos dos deberes sociales por el bien de la dignidad antigua, pero no concedía nada más a las

convenciones que regulan la vida cívica. Se permitía pensar que en ciertas circunstancias robaría su banco, pero, como estas circunstancias nunca se presentaban, su vida se desarrollaba uniformemente: un relato sin aventuras.

Una noche se encontró sentado junto a dos damas en la Rotonda. La casa, escasamente poblada y silenciosa, daba una profecía inquietante de fracaso. La dama que estaba a su lado miró una o dos veces la casa desierta y luego dijo:

"¡Qué lástima que haya tan poca gente esta noche! Es muy duro para la gente tener que cantar para bancos vacíos."

Tomó el comentario como una invitación a hablar. Se sorprendió de que ella pareciera tan poco incómoda. Mientras hablaban, intentó fijarla permanentemente en su memoria. Cuando supo que la joven que estaba a su lado era su hija, la juzgó uno o dos años menor que él. Su rostro, que debía haber sido hermoso, había mantenido su inteligencia. Era un rostro ovalado con rasgos fuertemente marcados. Los ojos eran muy azul oscuro y firmes. Su mirada comenzaba con una nota desafiante pero se confundía con lo que parecía un desmayo deliberado de la pupila en el iris, revelando por un instante un temperamento de gran sensibilidad. La pupila se reassertaba rápidamente, esta naturaleza semidescubierta volvía a caer bajo el dominio de la prudencia, y su chaqueta de astracán, moldeando un busto de cierta plenitud, marcaba la nota de desafío más definitivamente.

La encontró de nuevo unas semanas después en un concierto en Earlsfort Terrace y aprovechó los momentos en que la atención de su hija estaba distraída para volverse íntimo. Ella aludió una o dos veces a su marido, pero su tono no era tal como para hacer de la alusión una advertencia. Su nombre era Sra. Sinico. El tatarabuelo de su marido había venido de Livorno. Su marido era capitán de un barco mercante que navegaba entre Dublín y Holanda; y tenían una hija.

Al encontrarse una tercera vez por casualidad, encontró el valor para hacer una cita. Ella vino. Esta fue la primera de muchas reuniones; siempre se encontraban por la noche y elegían los lugares más tranquilos para sus paseos juntos. Sin embargo, al Sr. Duffy no le gustaban las maneras clandestinas y, al descubrir que se veían obligados a encontrarse a escondidas, la obligó a invitarlo a su casa. El capitán Sinico alentó sus visitas, pensando que la mano de su hija estaba en cuestión. Había descartado tan sinceramen-

te a su esposa de su galería de placeres que no sospechaba que alguien más se interesaría por ella. Como el esposo estaba a menudo fuera y la hija dando clases de música, el Sr. Duffy tenía muchas oportunidades de disfrutar de la compañía de la señora. Ni él ni ella habían tenido alguna aventura similar antes y ninguno era consciente de alguna incongruencia. Poco a poco, entrelazó sus pensamientos con los de ella. Le prestó libros, le proporcionó ideas, compartió su vida intelectual con ella. Ella escuchaba todo.

A veces, a cambio de sus teorías, ella le daba algún dato de su propia vida. Con casi maternal solicitud, lo instaba a dejar que su naturaleza se abriera por completo: se convirtió en su confesora. Le contó que durante algún tiempo había asistido a las reuniones de un Partido Socialista Irlandés donde se había sentido una figura única entre una veintena de trabajadores sobrios en una buhardilla iluminada por una lámpara de aceite ineficiente. Cuando el partido se dividió en tres secciones, cada una bajo su propio líder y en su propia buhardilla, dejó de asistir. Las discusiones de los trabajadores, dijo, eran demasiado tímidas; el interés que mostraban en la cuestión de los salarios era desmesurado. Sentía que eran realistas de rasgos duros y que resentían una exactitud que era producto de un ocio fuera de su alcance. Ninguna revolución social, le dijo, sería probable que golpeará a Dublín durante algunos siglos.

Ella le preguntó por qué no escribía sus pensamientos. ¿Para qué?, le preguntó con desdén cuidado. ¿Para competir con charlatanes incapaces de pensar de manera consecutiva durante sesenta segundos? ¿Para someterse a las críticas de una clase media obtusa que confiaba su moralidad a los policías y sus bellas artes a los empresarios?

Iba a menudo a su pequeño cottage fuera de Dublín; muchas veces pasaban las noches solos. Poco a poco, a medida que sus pensamientos se entrelazaban, hablaban de temas menos remotos. Su compañía era como un suelo cálido alrededor de un exótico. Muchas veces dejaba que la oscuridad cayera sobre ellos, absteniéndose de encender la lámpara. La habitación oscura y discreta, su aislamiento, la música que aún vibraba en sus oídos los unían. Esta unión lo exaltaba, desgastaba los bordes ásperos de su carácter, emocionalizaba su vida mental. A veces se sorprendía escuchando el sonido de su propia voz. Pensaba que en los ojos de ella ascendería a una estatura angelical; y, a medida que vinculaba más y más la ferviente naturaleza de su compañera con la suya, escuchaba la extraña voz impersonal que reconocía

como su propia voz, insistiendo en la incurable soledad del alma. No podemos entregarnos, decía: somos nuestros. El final de estos discursos fue que una noche, durante la cual ella había mostrado todos los signos de una emoción inusual, la Sra. Sinico tomó apasionadamente su mano y la presionó contra su mejilla.

El Sr. Duffy se sorprendió mucho. Su interpretación de sus palabras lo desilusionó. No la visitó durante una semana; luego le escribió pidiéndole que se encontraran. Como no deseaba que su última entrevista estuviera influenciada por su confesionario arruinado, se encontraron en una pequeña pastelería cerca del Parkgate. Hacía frío otoñal, pero a pesar del frío deambularon por las carreteras del parque durante casi tres horas. Acordaron romper su relación: todo vínculo, dijo, es un vínculo con el dolor. Cuando salieron del parque caminaron en silencio hacia el tranvía; pero aquí ella comenzó a temblar tan violentamente que, temiendo otro colapso de su parte, se despidió rápidamente y la dejó. Unos días después, recibió un paquete con sus libros y música.

Pasaron cuatro años. El Sr. Duffy volvió a su forma de vida uniforme. Su habitación aún daba testimonio del orden de su mente. Algunas piezas nuevas de música abarrotaban el atril en la habitación de abajo y en sus estantes estaban dos volúmenes de Nietzsche: Así habló Zaratustra y La gaya ciencia. Escribía rara vez en el manojito de papeles que yacía en su escritorio. Una de sus frases, escrita dos meses después de su última entrevista con la Sra. Sinico, decía: El amor entre hombre y hombre es imposible porque no debe haber relaciones sexuales y la amistad entre hombre y mujer es imposible porque debe haber relaciones sexuales. Se mantenía alejado de los conciertos para no encontrarse con ella. Su padre murió; el socio menor del banco se retiró. Y aún cada mañana iba a la ciudad en tranvía y cada noche caminaba a casa desde la ciudad después de haber cenado moderadamente en George's Street y leído el periódico vespertino de postre.

Una noche, mientras estaba a punto de llevarse un bocado de carne en conserva y col a la boca, su mano se detuvo. Sus ojos se fijaron en un párrafo del periódico vespertino que había apoyado contra la jarra de agua. Volvió a colocar el bocado de comida en su plato y leyó el párrafo atentamente. Luego bebió un vaso de agua, apartó su plato, dobló el periódico ante él entre sus codos y leyó el párrafo una y otra vez. La col comenzó a depositar una grasa blanca y fría en su plato. La chica se acercó a él para preguntarle

si su cena no estaba bien cocida. Dijo que estaba muy buena y comió unos bocados con dificultad. Luego pagó su cuenta y salió.

Caminó rápidamente por el crepúsculo de noviembre, su bastón de avellano golpeando el suelo regularmente, el borde del bufanda Mail asomando de un bolsillo lateral de su abrigo ceñido. En el camino solitario que conduce desde Parkgate a Chapelizod, redujo su paso. Su bastón golpeaba el suelo con menos énfasis y su respiración, saliendo irregularmente, casi con un sonido de suspiro, se condensaba en el aire invernal. Cuando llegó a su casa, subió inmediatamente a su dormitorio y, sacando el periódico del bolsillo, leyó el párrafo nuevamente a la luz menguante de la ventana. No lo leyó en voz alta, sino moviendo los labios como un sacerdote lo hace cuando lee las oraciones Secreto. Este era el párrafo:

MUERTE DE UNA DAMA EN SYDNEY PARADE

Un triste caso

Hoy, en el Hospital de la Ciudad de Dublín, el subcoronel (en ausencia del Sr. Leverett) realizó una investigación sobre el cuerpo de la Sra. Emily Sinico, de cuarenta y tres años, quien murió ayer por la noche en la estación de Sydney Parade. La evidencia mostró que la dama fallecida, al intentar cruzar las vías, fue golpeada por la locomotora del tren lento de las diez en punto desde Kingstown, sufriendo así lesiones en la cabeza y el costado derecho que llevaron a su muerte.

James Lennon, conductor de la locomotora, declaró que había estado en el empleo de la compañía ferroviaria durante quince años. Al escuchar el silbato del guardia, puso el tren en marcha y, uno o dos segundos después, lo detuvo en respuesta a gritos fuertes. El tren iba despacio.

P. Dunne, mozo de estación, declaró que cuando el tren estaba a punto de arrancar, vio a una mujer intentando cruzar las vías. Corrió hacia ella y gritó, pero, antes de que pudiera alcanzarla, fue golpeada por el parachoques de la locomotora y cayó al suelo.

Un jurado. "¿Vio a la dama caer?"

Testigo. "Sí."

El sargento de policía Croyly declaró que cuando llegó encontró a la fallecida tendida en el andén aparentemente muerta. Hizo que el cuerpo fuera

llevado a la sala de espera en espera de la llegada de la ambulancia.

El agente 57E corroboró.

El Dr. Halpin, asistente de cirugía del Hospital de la Ciudad de Dublín, declaró que la fallecida tenía dos costillas inferiores fracturadas y había sufrido severas contusiones en el hombro derecho. El lado derecho de la cabeza había sido lesionado en la caída. Las lesiones no eran suficientes para haber causado la muerte en una persona normal. En su opinión, la muerte se debió probablemente a un shock y un fallo repentino de la acción del corazón.

El Sr. H. B. Patterson Finlay, en nombre de la compañía ferroviaria, expresó su profundo pesar por el accidente. La compañía siempre había tomado todas las precauciones para evitar que las personas cruzaran las vías excepto por los puentes, tanto colocando avisos en cada estación como usando puertas de resorte patentadas en los pasos a nivel. La fallecida tenía la costumbre de cruzar las vías tarde en la noche de plataforma a plataforma y, en vista de ciertas otras circunstancias del caso, no creía que los funcionarios ferroviarios fueran culpables.

El capitán Sinico, de Leoville, Sydney Parade, esposo de la fallecida, también dio testimonio. Declaró que la fallecida era su esposa. No estaba en Dublín en el momento del accidente, ya que había llegado esa mañana de Rotterdam. Habían estado casados durante veintidós años y habían vivido felices hasta hace unos dos años cuando su esposa comenzó a ser bastante intemperante en sus hábitos.

La Srta. Mary Sinico dijo que últimamente su madre tenía la costumbre de salir de noche a comprar alcohol. Ella, la testigo, había intentado muchas veces razonar con su madre y la había inducido a unirse a una liga. No estaba en casa hasta una hora después del accidente.

El jurado emitió un veredicto de acuerdo con la evidencia médica y exoneró a Lennon de toda culpa.

El subcoronel dijo que era un caso muy doloroso y expresó gran simpatía con el capitán Sinico y su hija. Instó a la compañía ferroviaria a tomar medidas contundentes para evitar la posibilidad de accidentes similares en el futuro. No se culpaba a nadie.

El Sr. Duffy levantó los ojos del periódico y miró por la ventana el paisaje triste de la tarde. El río yacía tranquilo junto a la destilería vacía y de vez en cuando aparecía una luz en alguna casa en la carretera de Lucan. ¡Qué final! Toda la narrativa de su muerte lo revolvió y le revolvió pensar que alguna vez había hablado con ella de lo que consideraba sagrado. Las frases trilladas, las expresiones inanes de simpatía, las palabras cautelosas de un reportero comprado para ocultar los detalles de una muerte vulgar y común atacaban su estómago. No solo se había degradado ella misma; lo había degradado a él. Vio el sórdido camino de su vicio, miserable y maloliente. ¡La compañera de su alma! Pensó en los desdichados cojeando que había visto llevando latas y botellas para ser llenadas por el barman. Dios justo, ¡qué final! Evidentemente, ella no era apta para vivir, sin ninguna fuerza de voluntad, una presa fácil de los hábitos, uno de los naufragios sobre los cuales se ha construido la civilización. ¡Pero que hubiera podido hundirse tan bajo! ¿Era posible que se hubiera engañado tan completamente sobre ella? Recordó su arrebató de esa noche y lo interpretó en un sentido más duro de lo que había hecho antes. No tuvo dificultad ahora en aprobar el curso que había tomado.

A medida que la luz se desvanecía y su memoria comenzaba a divagar, pensó que su mano tocaba la suya. El shock que había atacado primero su estómago ahora atacaba sus nervios. Se puso el abrigo y el sombrero rápidamente y salió. El aire frío lo encontró en el umbral; se metió en las mangas de su abrigo. Cuando llegó a la taberna en Chapelizod Bridge, entró y pidió un ponche caliente.

El propietario lo atendió obsequiosamente pero no se atrevió a hablar. Había cinco o seis trabajadores en la tienda discutiendo el valor de la propiedad de un caballero en el condado de Kildare. Bebían a intervalos de sus enormes jarras de pinta y fumaban, escupiendo a menudo en el suelo y a veces arrastrando el aserrín sobre sus escupitajos con sus pesadas botas. El Sr. Duffy se sentó en su taburete y los miró, sin verlos ni oírlos. Después de un rato, se fueron y pidió otro ponche. Se sentó mucho tiempo sobre él. La tienda estaba muy tranquila. El propietario se tendió en el mostrador leyendo el Herald y bostezando. De vez en cuando se oía un tranvía deslizándose por la carretera solitaria afuera.

Mientras estaba sentado allí, reviviendo su vida con ella y evocando alternativamente las dos imágenes en las que ahora la concebía, se dio cuenta

de que estaba muerta, que había dejado de existir, que se había convertido en un recuerdo. Comenzó a sentirse incómodo. Se preguntó qué más podría haber hecho. No podría haber continuado una comedia de engaño con ella; no podría haber vivido con ella abiertamente. Hizo lo que le pareció mejor. ¿Cómo era culpable? Ahora que ella se había ido, comprendía lo solitaria que debió haber sido su vida, sentada noche tras noche sola en esa habitación. Su vida también sería solitaria hasta que él también muriera, dejara de existir, se convirtiera en un recuerdo, si alguien lo recordaba.

Eran las nueve cuando dejó la tienda. La noche estaba fría y lúgubre. Entró en el parque por la primera puerta y caminó bajo los árboles desolados. Caminó por los callejones desolados donde habían caminado cuatro años antes. Ella parecía estar cerca de él en la oscuridad. En momentos, parecía sentir su voz tocar su oído, su mano tocar la suya. Se detuvo a escuchar. ¿Por qué le había negado la vida? ¿Por qué la había condenado a muerte? Sintió que su naturaleza moral se desmoronaba.

Cuando llegó a la cima de la colina del Magazine, se detuvo y miró hacia el río en dirección a Dublín, cuyas luces brillaban rojas y hospitalarias en la fría noche. Miró hacia abajo la pendiente y, en la base, a la sombra del muro del parque, vio algunas figuras humanas tendidas. Esos amores venales y furtivos lo llenaron de desesperación. Mordisqueaba la rectitud de su vida; sentía que había sido excluido del banquete de la vida. Un ser humano había parecido amarlo y él le había negado la vida y la felicidad: la había condenado a la ignominia, a una muerte de vergüenza. Sabía que las criaturas postradas junto al muro lo observaban y deseaban que se fuera. Nadie lo quería; estaba excluido del banquete de la vida. Volvió sus ojos al río gris brillante, serpenteando hacia Dublín. Más allá del río, vio un tren de carga saliendo de la estación de Kingsbridge, como un gusano con una cabeza de fuego avanzando obstinadamente y laboriosamente a través de la oscuridad. Pasó lentamente fuera de su vista; pero todavía escuchaba en sus oídos el zumbido laborioso de la locomotora reiterando las sílabas de su nombre.

Volvió sobre sus pasos, el ritmo de la locomotora martillando en sus oídos. Comenzó a dudar de la realidad de lo que la memoria le decía. Se detuvo bajo un árbol y permitió que el ritmo se desvaneciera. No podía sentirla cerca de él en la oscuridad ni su voz tocar su oído. Esperó unos minutos escuchando. No podía oír nada: la noche estaba perfectamente silenciosa. Escuchó de nuevo: perfectamente silenciosa. Sintió que estaba solo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB